

LA CURIOSIDAD ES MALA CONSEJERA

Era excesivamente curioso. Todo lo nuevo debía ser rigurosamente inspeccionado. Si iba a la casa de un amigo no paraba hasta ver cada juguete al detalle, tomándolo en sus manos y poniendo en funcionamiento. Si por casualidad lo invitaban con una limonada era capaz de ir a la cocina, con el mayor desparpajo abrir la heladera y, luego de cerciorarse que había, pedir una cola en su lugar.

Sus amigos lo conocían y trataban de mantenerlo alejado de sus cosas.

-La curiosidad es mala consejera- le decía su abuelo cada vez que lo pescaba hurgando sus pertenencias, pero Esteban seguía con su costumbre como si nada.

Era chico de ciudad por lo que una puerta bien cerrada con traba o con llave, impedía su intromisión más allá de lo conveniente. Mas ese año su padre había tenido la suerte de algunos trabajitos extras. Con el dinero ahorrado había decidido llevar a su prole a la playa. Esteban no conocía el mar.

Alquilaron una casita en Mar del Sur, una playa que en otra época había sido un gran proyecto turístico. Unos cincuenta años antes. Pero la falta de comunicación, sin un camino asfaltado y el tren que solo llegaba hasta Miramar, había terminado fundiendo a todo aquel que se animo a invertir.

Algunas casas bajas, un hotel muy grande (de mucha categoría) abandonado hacía treinta años, la costa agreste y la tosquedad de sus amplias playas inhabitadas.

Esteban se sentía grande. Sus doce años acompañados de su curiosidad, lo llevaba a cualquier lugar de su Lanús natal. Así había tomado aquel pueblo. Cada día lo exploraba alejándose un poco más de la casita que habían alquilado sus padres y de la playa donde, metódicamente, día a día paraban al visitar el océano.

Caminando por la playa hacia el lado de Miramar una tarde vio un espigón roto donde unos pocos pescadores probaban suerte con su caña. Siguiendo la costa las dunas tomaban altura y se perdían en un murallón terroso. A lo lejos en la base de esta pared se podían ver unas entradas que a esa hora eran bañadas por las olas.

-¿Usted es de acá?- preguntó Esteban al más viejo de los pescadores, sabiendo que ellos siempre tenían alguna historia del lugar.

-Si, ¿Sos turista?- pregunto el hombre de cara curtida por el sol, el mar y los años.

-Si, estoy parando en la casa de los Echeverría- dijo Esteban. Atento a que en el pueblo todos se conocían.

-Aja – atino a decirle el viejo.

Esteban, que no era parco para las preguntas, comenzó un interrogatorio. Al principio banal, pero con un fin preciso: la cueva que se podía ver en el murallón a lo lejos, para el lado del invernadero de Miramar.

Cuando, por una sucesión de preguntas, llego a ese punto el viejo se puso tenso.

-Mejor no vayas para esos lados...- dijo como casualmente, pero mirando de reojo a Esteban, para asegurarse que lo tomaba en serio. Esteban fingió cambiar de tema y se propuso volver a preguntar por otro lado.

-En el colegio me explicaron sobre las mareas. ¿Es verdad que el agua baja cuando hay luna nueva y sube con la luna llena?- el viejo cayo en su juego y le contesto al tiro

-¡Como sabes de mareas! ¿Seguro que es la primera vez que venís al mar?- el niño no contesto. Quedo mirando fijamente la costa donde la marea iba cubriendo la caverna al ponerse la tarde.

-Entonces, cuando venga la luna nueva la caverna queda descubierta- el viejo continúo la frase:

-Y con una oscuridad pétrea que no deja ver ni los dedos de la mano...-se cayó comprendiendo el engaño, pero tarde.

-Mirá, te veo muy interesado en esa caverna – dijo. Tosiendo sonoramente se aclaró la garganta y obligándose a hablar continuó.

- Se cuentan muchas historias de esa caverna. Dicen que antes que yo naciera algunas personas del lugar quisieron ver como era. Dicen que no se supo nunca más de ellas. Pero no solo eso, también algún turista curioso fue a visitarlas. Junto con su familia desapareció del lugar. Tal vez asustado, se fue dejando todas sus cosas en la pensión. Lo cierto es que en el municipio pusieron durante un tiempo una alambrada de púas en la entrada para que la gente no entrara. Pero fue hace mucho tiempo. Solo quedan algunos pedazos de alambre suelto. Ya la gente no va más.

-En todos los lugares se cuentan historias que pasan de unos a otros. Me dijo mi abuelo que terminan transformándose en un cuento de horror– contestó Esteban como dudando del relato impreciso del viejo. El hombre tomó el guante del reto y decidió hablar de su propia experiencia.

-Yo tenía un perro collie. Era mi orgullo. Pero con un carácter muy particular. Algo así como el dueño... y además, muy curioso- volvió a toser entre risas

-Generalmente me acompañaba a todas partes. Solo que algunas veces le gustaba vagabundear. Una noche cerrada de luna nueva quiso salir. Yo había visto que cuando venía a pescar corría hasta la entrada de la cueva y ladraba. Como había agua no se animaba a pasar, pero era como si olfateara algo...-la voz del pescador se fue poniendo triste. Los ojos parecían plagados de sombras. Para disimular esa congoja volvió a toser.

- ¿Y que paso con el perro?- pregunto entusiasmado Esteban.

-Bueno, esa noche no tome el recaudo de atarlo. Tendría que haberme dado cuenta. Se escapó- dijo el viejo casi a punto de quebrarse. Se acerco al banco donde estaba Esteban y se sentó a su lado. Con un sonoro suspiro se aquieto

-La noche que no volvió a casa no me di cuenta. Hasta el otro día no lo encontré por ningún lado. Pregunte a todos los que habitualmente iba a visitar el perro y nadie lo había visto. Fui a la entrada de la cueva. El mar golpeaba las rocas. Aguce el oído tratando de escuchar algo. Un poco asustado por las cosas que me había dicho mi padre de la gruta. Pero con la sola idea de volver a encontrarlo, decidí llamarlo. Primero bajito. Después empecé a gritar para que el ruido del mar no tapara mi voz...- volvió a quebrarse y agachó la cabeza.

El niño no supo como volver a preguntar. Quedo expectante de la continuación del relato. El pescador resignado por la atención de Esteban continuó.

-Yo solo te lo cuento para que sepas porque no debes ir para ese lado. Esto no se lo conté a nadie ni lo voy a volver a contar. ¿Me entendés?- dijo muy seriamente al muchacho. Cuando se hubo asegurado que comprendía lo que le estaba diciendo continuó con el relato.

-Muy quedamente escuche sus ladridos. Estaba seguro que eran de él. Sonaban con mucho miedo. Seguro que estaba aterrorizado. Yo lo conocía y sabía como ladraba. Luego un quejido agudo, como si lo obligaran a callarse-

El viejo se movió incomodo en el banco como queriendo levantarse pero decidió terminar su relato.

-Cuando se puso el sol me quede vigilando la entrada de la cueva hasta cerca de la medianoche, la hora en que la marea deja descubierta la entrada. Cuando me asegure que no podía escapar, porque si no habría salido, decidí ir a la casa. A la mañana al salir al patio vi un rastro de barro que entraba hacia el galpón de las herramientas. Entre detrás y sentí un movimiento debajo de la mesa de trabajo. Me agache y vi el brillo de dos ojitos. ¡Mi perro

había vuelto! Lo quise agarrar, pero trataba de esconderse detrás de las latas de pintura que había en el suelo- contaba con sus manos haciendo la mímica. Le había hablado pausadamente. Con palabras cariñosas. Lo convenció y se dejó agarrar.

-Al acariciarlo mis dedos se llenaron de un lodo verde y pegajoso. Me lo lleve afuera y con agua tibia y un jabón blanco lo bañe, mientras lo mimaba. Cualquier cambio brusco lo hacía temblar y gemir. Descubrí en su lomo algunas heridas, como mordidas de algún animal. Imaginé que se habría lastimado con algún alambre de púa. Cuando lo solté fue corriendo nuevamente debajo de la mesa y se escondió lo más atrás que pudo. Lo deje solo. Pensé que así se tranquilizaría. No calculé que había otra noche sin luna- la voz parecía apagarse a medida que avanzaba el relato. La tarde también se estaba acabando y parecía que el pescador alargaba el relato por su propia conjuga.

Puso su mano sobre el brazo del pequeño como pidiéndole comprensión por los largos silencios que alargaban su monólogo. Esteban, mirando hacia el horizonte donde estaba por salir la luna, asentía con su cabeza.

-Por la noche soñé que el perro ladraba como lo había escuchado en la entrada de la caverna. Luego de unos momentos escuche un quejido, después el rumor de algo arrastrándose.

Cuando me desperté fui de prisa a verlo. No estaba. Las latas estaban desordenadas, algunas caídas y la pintura volcada. Como si hubieran forcejeado para sacarlo. Salí al patio y pude ver una huella en la arena hasta el portón de atrás. Como si arrastraran algo. Seguí el rastro dejado. Me llevo hasta la entrada de la cueva, que en ese momento estaba con agua. Si algo estaba tirando del perro no podía adivinar que era, ya que iba borrando las huellas con su cuerpo. Excepto la última cuando se puso el perro al hombro. Busque con

detenimiento y pude ver la huella en la arena a punto de ser tapada por el agua. Una marca de garra del tamaño de un pie. Casi cincuenta centímetros de largo.

Esteban ya no podía ver la cara del viejo, pero sentía su voz cascada y atemorizada al narrar. Comenzó a inquietarse, pero su curiosidad seguía firme.

-Me aleje del lugar y nunca más fui por esos lados. Mi padre me había contado que hay depredadores que no sueltan la presa una vez que la probaron. En caso que se les escape vuelven a cazarla con más ahínco que antes.

El pescador le ofreció a Esteban acompañarlo a su casa. Acepto el ofrecimiento y caminó a su lado. Cuando el viejo no lo estaba viendo, miro de reojo que no había luna y con las últimas luces de la tarde pudo observar que la entrada de la cueva se iba despejando de agua.

El pescador se fue de la casa de los Echeverría luego de ver que Esteban cerraba la puerta contento por haber dado una lección a ese pequeño curioso.

Esteban no era fácil de convencer. A pesar de los cuentos del viejo quería saber que había en esa cueva. Preparo su mochila con una linterna potente y una de bolsillo, sus botas de lluvia y una toalla. Luego de comer, asegurándose que sus padres se habían dormido, se dirigió a la playa en busca de la cueva. El camino resultaba relativamente fácil hasta la costa. El alumbrado municipal era adecuado lo que le daba cierta tranquilidad a Esteban.

Cuando llego a la playa, la oscuridad era total. Con la linterna grande fue alumbrando el camino. Cuando llego a la entrada de la cueva decidió apagarla y llevar en la mano la pequeña. Acostumbro sus ojos a la oscuridad. Se calzo las botas y entro. Avanzo unos metros hasta que sintió que sus pies se hundían. Trato de sacarlos de a uno. En el forcejeo se cayo de bruces en el barro, deslizándosele la linterna pequeña entre sus dedos. Comenzó a buscarla tanteando el barro pegajoso. Sintió una piedra hueca. Al levantarla se sorprendió

lo liviana que era. Sin soltarla siguió buscando con la otra mano. Con la punta de los dedos encontró la linterna y una sonrisa se dibujó en su cara. Apuntó la linterna a la piedra que tenía en la otra mano. El horror se dibujó en su rostro al ver que sostenía una calavera cubierta de barro verdoso, la soltó con asco y mientras caía pudo ver otras a su alrededor. Escucho un grito gutural que salía del fondo de la cueva. El eco de pasos dados pesadamente. Al correr hacia la salida de la cueva sintió un vapor fétido en su nuca. Algo que lo tomó de los pantalones, rasguñándole la pierna. Se soltó con desesperación y siguió corriendo. Un temblor en todo el cuerpo no lo abandono hasta llegar casi sin aire a las primeras luces de la calle que daba a la playa.

Su familia nunca supo porque Esteban insistió en irse al otro día del lugar. Quedaban aún tres días de vacaciones. Y, aunque estaban contentos con el cambio de actitud, tampoco supieron porque el muchacho (luego de aquellas vacaciones) abandonó su curiosidad.